

## ESPÍAS Y EDITORES

Jean Meyer

West, Nigel, *Venona: The Greatest Secret of the Cold War*, New York, Harper Collins, p. 384, 1999.

Haynes, John Earl and Klehr, Harvey, *Venona: Decoding Soviet Espionage in America*, Yale, p. 487, 1999.

West, Nigel and Tsarev, Oleg, *The Crown Jewels: The British Secrets Exposed by KGB Archives*, Yale; Harper Collins, p. 366, 1999.

Weinstein, Allen and Vassiliev, Alexander, *The Haunted Wood*, New York, Random House, p. 402, 1999.

"Red Files, a production of Invision", Abamedia, PVS, Deviller Donegan Enterprises. 1999.

Andrew, Christopher and Mitrokhin, Vasili, *The Mitrokhin Archive*, Penguin, Londres, p.996, 1999.

Un espía se vende siempre dos veces, hasta tres si es agente doble: la primera a los "órganos", la segunda a los editores. Pavel Sudaplatov abrió hace unos años esa vía real hoy muy frecuentada. La receta es la asociación de una exkaguebista (*gubeshnik*) con un periodista, o mejor, con un universitario reconocido. El negocio despierta la imaginación: con asombro vemos como, a cambio de una suma pagada por el editor a la Asociación de Agentes Jubilados, los autores tuvieron acceso a miles de documentos en los archivos del KGB. Nigel West y el ex teniente coronel ruso Tsarev trabajaron además un material inglés supuestamente aún confidencial. Para todos los autores –y también para este reseñista– están disponibles en la web el sitio Venona (3000 mensajes mal que bien decodificados, intercambiados entre Moscú y sus

agentes, en América e Inglaterra). Finalmente, antes de irse a Londres el ex coronel Mitrokhin (pronunciar Mitrojin), seleccionó y copió una enorme cantidad de documentos en los archivos del KGB, de los cuales era responsable.

¿Qué decir de tanto material? ¿Qué hacer con él? El especialista en historia soviética se siente a la vez confundido y aliviado; confundido, porque la crítica del material no es tarea fácil y requiere de los mejores especialistas; aliviado, porque las novedades, más allá de los escándalos personales, son mínimas. A las fuentes ya citadas, hay que añadir los archivos del Komintern en Moscú, trabajados por Haynes y Klehr. El resultado es un mosaico, un rompecabezas incompleto que dista mucho de ser —ningún de esos libros pretende serlo— una historia de los servicios de seguridad —espionaje y contraespionaje— soviéticos y occidentales.

Se confirma la existencia y el trabajo de las "tuzas" en Inglaterra: entre 1941 y 1945, Burgess y Cairncross remitieron más de 10,000 documentos del Foreign Office a Moscú y Maclean envió otros 4,600. En dos meses del año 1951, Cairncross envió 1,339 páginas, algunas de las cuales tuvieron el honor de ser leídas personalmente por Stalin. La infiltración en los Estados Unidos empezó antes de la guerra mundial y fue muy seria, alcanzó al nuevo OSS (predecesor de la CIA) y al proyecto atómico. En 1945, varios reveses obligaron a los soviéticos a desmantelar su dispositivo en los Estados Unidos. La lectura de esos libros y



la visión de *Red Files: Secret Histories of the KGB* (4 horas), si no resuelve el problema del impacto histórico de esos éxitos del espionaje soviético, lleva a extrañas reflexiones sobre el fenómeno del marcatismo. Parece que después de desenmascarar al físico nuclear Klaus Fuchs y de que fue roto su código (operación Venona), los soviéticos decidieron intoxicar a los americanos con el fin de frenar la preparación de su bomba H. Se trataba de sembrar la duda sobre la lealtad de todos los científicos, empezando por Robert Oppenheimer. West señala que el senador Mc Carthy “realizó mucho de lo que los soviéticos habían ideado” y que la paranoia americana sobre el espionaje surgió precisamente a raíz de aquella operación.

Lo que ahora parece probado es que Alger Hiss y Julius Rosenberg fueron espías y que sus respectivas esposas estaban al tanto. Esthel Rosenberg no merecía la muerte —sus actividades fueron mínimas—, y su esposo se hubiera salvado en otras circunstancias. En *Red Files*, un ex agente ruso dice que Rosenberg proporcionó “información de gran valor sobre ra-

dar y sonar pero no sobre la bomba atómica”, pero que “América quería matar a alguien sólo por que la URSS había construido tan pronto su bomba”.

El *Archivo Mitrokhin*, publicado en septiembre de 1999, en Londres, ha tenido un éxito espectacular en varios países europeos ya que la clase política, la prensa y la *intelligentsia* se ha precipitado a buscar nombres en las largas listas de agentes. Así, Inglaterra ha podido averiguar la existencia de sus *hominterns* (homosexual inglés del Komintern, Sir Isaiah Berlin dixit), además de descubrir que los llamados “Seis magníficos” pudieron haber sido 10 o 12, y que Melita Norwood, alias “Hola”, es a sus 87 años la agente británica más antigua (1935-1991) y la más convencida del KGB... Los franceses y los italianos tienen en este libro un lugar muy especial ya que sus países se prestaron de manera excepcional a la infiltración después de 1945 y hasta el final de la URSS. La alta administración, la clase política, la prensa, los medios intelectuales, pero también el mundo de la industria y de la alta tecnología, fueron penetrados. El éxito soviético está

confirmado por los mismos servicios franceses. De 1945 a 1975, Moscú tuvo la clave de los telegramas de la Secretaria de Relaciones, lo que le permitió tener copia de todos los telegramas cursados durante la crisis de los misiles de Cuba. Queda por comprobar la calidad de “agente” del filósofo Alexander Kojeve (1902-1968), ruso blanco, uno de los mejores especialistas en Hegel, sobrino de Kandisky y consejero económico del gobierno francés en todas las instancias internacionales de 1945 hasta su muerte.

En fin, pequeñas grandes historias para Graham Greene y Joseph Conrad. Existe la hipótesis de que Kojeve haya buscado utilizar el KGB, quizá en acuerdo con el gobierno francés...

El capítulo italiano aporta nuevos datos sobre el trasfondo político de la Italia de los años setenta y abre nuevas pistas (chechas) en torno al asesinato del primer ministro democristiano Aldo Moro. ¿Qué papel tuvo el KGB en este episodio clave de la historia de Italia? Aparte de elaborar el plan Sphora, destinado a sembrar pistas falsas que implicaran a la CIA, no se ve claro. Lo inquietante es que desde 1975 los comunistas italianos denunciaban a Moscú el apoyo otorgado por el PC checo a las Brigadas Rojas. La “pista checa” volvió a surgir dos meses después de la publicación del libro, pero ahora en relación con el atentado contra el Papa el 13 de mayo de 1981. Han salido a la luz, a consecuencia del *Informe Mitrokhin*, documentos de los servicios secretos checos e italianos que

convergen sobre un punto: el KGB tenía el objetivo de contrarrestar por todos los medios al nuevo Papa, al polaco Juan Pablo II. Se menciona también la antigua infiltración del Vaticano: el obispo norteamericano John Bukowsky, actual nuncio en Moscú, habría sido reclutado por el KGB (¿?) *¿Archi - vo Mitrokhin o Archivo Egipto* (Swascia)?

Por experiencia personal, el reseñador sabe cuánto hay que desconfiar de los informes de los “agentes”. Los informes de los RG franceses (Renseignements Généraux) sobre las actividades relacionadas con la guerra de España en el departamento de los Pirineos Orientales (1936-1939), los informes de la Military Intelligence Division y del OSS norteamericanos sobre México, entre 1926 y 1945, están llenos de inexactitudes, errores, mentiras, invenciones. Se debe conocer a las personas y a los episodios para poder discernir lo cierto de lo falso. Para un tema de esta envergadura, espionaje y contraespionaje entre el Oeste y el Este de 1930 a 1991, habría que ser un Hércules. Además, en el Oeste nos falta una apertura equivalente de la que la historia provocó para los archivos del Komintern y del KGB. *ij*

## DE LA BARDOLATRÍA

Rafael Rojas

George Steiner, *Errata. El examen de una vida*. Madrid, Ediciones Siruela, 1998, 218 pp.

**E***rrata* es un título sorpresivo para una autobiografía intelectual. Al parecer, George Steiner ha querido jugar con la doble raíz latina de la palabra: el error y la errancia, la equivocación impresa y el vagabundeo interminable. Testimonios de un increíble delicado, las memorias de Steiner son una perfecta divagación, un viaje alrededor de una vida hecha de viajes, entre la Viena antisemita y el Chicago macarthysta, entre Homero y Tolstoi, entre la música y el silencio, entre tres lenguas y tres literaturas: la alemana, la francesa y la inglesa. Al final de esa larga trashumancia, Steiner comprende que la forma más sobrecogedora del viaje es aquella que atraviesa los rincones de las culturas, las cavernas de las tradiciones: esos autores y obras resistentes a cualquier traducción que hay en toda literatura. En un guiño simultáneo a Heidegger y a Wittgenstein, lo intraducible como casa del ser.

Un pasaje de *Errata* está sospechosamente cargado de objeciones al culto literario de William Shakespeare. Luego de reconocer que “en la estela de Shakespeare la lengua inglesa se hace universal”, Steiner lamenta que haya tan pocos detractores de quien respondiera a los motes, hoy vergonzosos, de *Bardo o Cisnede* Avon.

De ahí que su exhaustiva localización de aquellos disidentes que “recelan de ese halo adulador”, en torno a Shakespeare, transmite cierto morbo antiautoritario, similar, a caso, al de algunos célebres regicidas, como el jesuita Juan de Mariana o el anarquista Piotr Kropotkin. Steiner encabeza su listado, naturalmente, con Alexander Pope y Samuel Johnson, los clásicos ingleses que leyeron a Shakespeare como se lee a un genio rústico, cuya sublime escritura, jalonada por el populismo isabelino, antepone la conveniencia a la virtud, el placer a la instrucción y el gusto a la moral.

El espíritu clásico —no siempre republicano, aunque siempre transido de urgencias morales y cívicas— era reactio a la bardolatría shakespeareana. La abyección que sentía Voltaire por *Hamlet* o *King Lear* era sólo comparable a su fascinación por las tragedias de Racine. Fueron, precisamente, los románticos ingleses, Wordsworth y, sobre todo, Coleridge en su *Biographia Literaria* (1817), quienes transmitieron a Goethe, Lessing, Chateaubriand y casi todo el romanticismo europeo el gusto por la “subtle intelligence” y el “misterio subluar” que escondían los sonetos y dramas de Shakespeare. Pero Steiner, en su minuciosa búsqueda, encuentra a nuevos disidentes: Tolstoi habla del lenguaje zafio, pueril e insensible del autor de *Macbeth*, Shaw escribe una malévola parodia de Cimbelino, Eliot y Lukács, antípodas de la cultura de entreguerras, lo reducen a un tamaño bastante menor que el de Dante, Beckett prefiere a Racine, Wittgenstein

admite que “no saca nada en limpio de Shakespeare” y lamenta la ausencia de una ética, una filosofía y una fe trascendentes en el comportamiento de sus personajes.

Al fin, llega el turno del propio Steiner. Recuerda que alguna vez le hicieron la inevitable pregunta sobre qué libros se llevaría a una isla desierta y confiesa su respuesta: “me decanté por *Berenice* y la *Divina Comedia*, pero hice trampa, porque dentro de *Berenice* ocultaba el *Reparto de medio día*”. Más que la trillada contraposición de Shakespeare con Dante o Cervantes, que semeja un duelo de títeres manipulados por críticos altaneros, a Steiner le interesa explorar, siguiendo la curiosidad bilingüe de Beckett, el caso de Racine. ¿Por qué? Porque al lado de la permeabilidad lingüística de *Romeo y Julieta*, *Fedra* o *Andrómaca* parecen textos intraducibles. Entre Shakespeare y Racine, dice, “hay una diferencia ontológica”. El primero trasciende, a sus anchas, en un canon universal; el segundo sobrevive, apenas, en un canon nacional. Al políglota Steiner le atrae eso que Derrida ha llamado “el monolingüismo del otro”

Este pasaje de *Errata* podría leerse como una sorda refutación del argumento central de Harold Bloom en *The Western Canon*. Shakespeare, según Bloom, ocupa el centro del canon occidental porque es “al mismo tiempo todos y ninguno, nada y todo”. Racine, en cambio, sigue mereciendo aquellos mohines dialécticos de Hegel: sus personajes son excesivamente abstractos y tuvo la desgracia de ser el autor pre-

ferido de Voltaire, quien despreciaba a Shakespeare. El desinterés de Bloom por el “otro monolingüe” se hace más ostensible cuando, refiriéndose al Siglo de Oro español, lamenta que se haya perdido la obra *Cardenio*, en la que Shakespeare y John Fletcher traducían un relato de Cervantes para el público inglés. Resulta demasiado asimétrico, pues, que Bloom suscriba el juicio de Hegel sobre Racine, mientras Steiner suscribe algunas de las objeciones de Voltaire a Shakespeare.

La antinomia es difícil de rehuir. Bloom, discípulo al fin de Walter Pater y Paul de Man, es un gustoso rehén del romanticismo que escudriña en la subterránea religiosidad de la cultura occidental. Su bardolatría no es más que el traslado de las ceremonias universales de la religión al gusto literario de las naciones. Tan lejos como en América, el romanticismo que, al decir de Octavio Paz, tuvo aquí su equivalente en el modernismo, produjo una galería de poetas nacionales: Whitman en Estados Unidos, Rubén Darío en Nicaragua, José Martí en Cuba, José Asunción Silva en Colombia, Leopoldo Lugones en Argentina... La excepción fue, acaso, México, no tanto porque la poesía de Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Nervo o Tablada fuera despreciable, como porque dos siglos antes había existido Sor Juana Inés de la Cruz y en 1914 nació Octavio Paz. Pero Steiner, desde la otra orilla, cultiva un imaginario más clásico que romántico y no concibe el eje de la cultura en la religión, sino en la moral. Su recelo ante la bardolatría, expuesto

diáfananamente en *Después de Babel*, nace de la acendrada moral del viajero y de un apego místico a lo intraducible. 

## EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO: HACIA LA HISTORIA NO NACIONAL. Daniel Rodgers y Atlantic Crossings

Mauricio Tenorio

Rodgers, Daniel T., *Atlantic Crossings, Social Politics in a Progressive Age*, Cambridge, Massachusetts, London, Harvard University Press, 1998.

A lo largo del siglo XIX, la idea de que el mercado habría de encargarse del bienestar de todos fue una creencia baladí y habitual que, sin ser desechada, pronto fue trivializada por las sociedades que conocieron los apegues de la industrialización y la urbanización. Entonces, la “mercadosantía” estaba entre sus iguales —el ocultismo, el espiritismo, el socialismo, el positivismo, el trascendentalismo—, y a ella se recurría coyunturalmente. Es más, para fines del XIX era una creencia más bien marginal: nadie concebía que el Manchester de Engels, o el París del barón de Haussman habían tenido su origen o tendrían solución a través de la santidad del mercado. La revolución, de un lado, y el caos, la pobreza, la miseria, del otro, invitaban a intelectuales y políticos a pensar lo mismo en la reforma social, en la solidaridad que

en el suicidio. Los nacientes sociólogos estudiaban el suicidio, los poetas lo narraban y ejercían (en lo que el historiador Thomas Harrison llamó la “*deadly vocation*” de los poetas y escritores europeos de aquel entonces), mientras que las burocracias hablaban de ingeniería social, de reforma, de “socialismo de Estado”.<sup>1</sup>

¿Advirtieron errados todos aquellos poetas, escritores, políticos, líderes sindicales, filántropos? La revolución llegó y también las reformas sociales. Nuestra era es polvo, en más de un sentido, de aquellos lodos; es la era del post Estado benefactor, post socialista, también es la era de las sinrespuestas a los problemas que hicieron necesarias las reformas y las revoluciones. Una era desencantada, sin inocencias y pretendidamente descreída, pero que reza en masa a la divina mónada: el mercado.

<sup>1</sup> Sobre los cruces del pensamiento social entre Estados Unidos y Francia, véase Mucchielli, Laurent, *La découverte du social. Naissance de la sociologie en France*, París, Éditions la Découverte, 1998. A la globalidad de mercados, la globalidad de las teorías y angustias, ver tres excelentes ejemplos Harrison, Thomas, *1910. The Emancipation of Dissonance*, Berkeley, Los Angeles, The University of California Press, 1996; los viajes modernistas a lo largo de todas las lenguas europeas, de Europa y América, en Praz, Mario, *El pacto de la serpiente. Paralipómenos de “La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica”*, trad. De Ida Vitale, México, Fondo de Cultura Económica, 1988; y la creación “global” de una filosofía política estadounidense en Kloppenberg, James T., *Uncertain Victory: Social Democracy and Progressivism in European and American Thought*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.

Desempleo, problema habitacional, aglomeración urbana, escasez de servicios médicos, accidentes de trabajo, precarias condiciones de trabajo, miseria urbana, alienación moral e intelectual de masas obreras, abandono del campo, insuficiencia del salario mínimo, difícil acceso a la educación: todos estos eran, son, malestares de la industrialización occidental que provocaron innumerables políticas, experimentos y revoluciones alrededor del mundo. *Atlantic Crossings* de Daniel T. Rodgers es la historia del porqué y cómo se pensaron e implementaron reformas sociales en Estados Unidos entre 1880 y 1930. Pero es más que eso: es el relato, exuberante y detallado, de cómo cada pieza de las políticas occidentales en esos años, globales como pocos, fue pensada y ejecutada dentro del complejo eco e intercambio de ideas e instituciones. Es historia estadounidense, pero es sobre todo historia de un momento del mundo occidental, una “*progressive age*” en sentido más que estadounidense, vista a través de su gran experimento, su gran excepción, su “supuesta” expresión óptima, Estados Unidos. Un libro hondamente estadounidense y, sin embargo, profundamente “*un-American*” como suele decirse de todo aquello que es crítico del mito de Estados Unidos como paraíso liberal y democrático. Un libro que, con sus aciertos y desaciertos, nos convida a ir en busca del tiempo perdido a la hora de escribir historias patrias.<sup>2</sup>

Algunos ya nos sentíamos en deuda con Daniel Rodgers. Le adeudábamos las lúcidas sugerencias de dos o tres trabajos in-

dispensables.<sup>3</sup> *Atlantic Crossings* hace aún más onerosa la deuda con Daniel Rodgers, especialmente de quienes nos afanamos en buscar un nuevo lenguaje no nacionalista para el pasado moderno. No es de asombrar, pues, que el libro haya causado una reacción inmediata en el ambiente académico estadounidense; sirva de ejemplo emblemático el interesante simposium (virtual) en [h.net.msu.edu](http://h.net.msu.edu), que incluye las reacciones de Pierre-Yves Saunier, Victoria de Gracia y Sonya Michel, entre otros.

El libro constituye una triple enseñanza: primero, es una lúcida propuesta historiográfica que obliga a pensar más allá del Estado nación como marco y meta de la historia; segundo, es una crítica, severa y documentada, del corazón de las gestas

<sup>2</sup> Por cierto, en la historia estadounidense de la última década va creciendo esta necesidad de desparroquializar, des-nacionalizar, la historia de la “primera gran nación”. A este respecto es emblemático el esfuerzo llevado al cabo por una de los dos más importantes publicaciones históricas estadounidenses (*The Journal of American History*); afán realizado bajo el increíble esfuerzo editorial y político de David Thelen.

<sup>3</sup> Me refiero a *Contested Truths: Keywords in American Politics since Independence*, Nueva York, Basic Books, 1987; y dos ensayos esenciales sobre dos conceptos fundamentales de la historiografía estadounidense (republicanismo y excepcionalismo): “Republicanism: The Career of a Concept”, *Journal of American History*, vol. 79, núm. 1 (1992), pp. 11-38; y “Exceptionalism” en Molho, Anthony y Gordon S. Wood (coordinadores), *Imagined Histories: American Historians Interpret the Past*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1998.

excepcionalistas y liberales de Estados Unidos; finalmente, es una indispensable lección de historia para nuestros tiempos vanagloriosamente globales, mercado-céntricos, finalistas. Sin dejar de ser un relato estadounidense *avant la lettre*, *Atlantic Crossings* logra este triple efecto moviéndose libremente entre historias nacionales —Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, algo de Francia y países escandinavos— y disciplinas —Rodgers es un “politólogo” que sabe historia, y es un historiador que sabe teoría política (revoltillo escaso entre los educados del “otro lado del puente”)—. Un libro que corre el riesgo de caer pesado en todos los arrabales académicos: para un teórico de “teoría racional”, el libro sería un berenjenal de datos, muchos nombres; para un historiador estadounidense, serían muchas cosas alemanas o europeas que no tienen nada que ver con Estados Unidos, en tanto el historiador alemán, francés o noruego puede encontrar que faltó esto sobre aquello y no leyó esto otro. El crítico cultural de moda, por su parte, hallaría *Atlantic Crossings* flaco de teoría, sin jerga donde refugiarse. Sin embargo, este tipo de historia poco a poco se abre brecha aunque sea antagonizando con los parapetos nacionales y disciplinarios. Rodgers, por lo pronto, encuentra en su lenguaje directo, claro y elegante, un pasaporte seguro para dar lata en varios ámbitos.

Lo que cuenta *Atlantic Crossings* es una historia de entendimientos que de tan presente parece haber pasado desapercibida. Para mediados del siglo XIX, el mundo oc-

cidental había sido transformado por economías interconectadas. No había regreso. Millones de gente, libre y esclava, habían circulado de uno a otro lado del mundo. Ciudades puertos y ciudades industriales surgieron por todo el mundo. Ideas, libros, planes, experimentos sociales recorrieron las preocupaciones sociales de activistas, políticos e intelectuales en Nueva York, Berlín, París y, habría que decirlo también en México, São Paulo, Barcelona o Buenos Aires. Una mezcla de problemas e ideas que no surge sólo por la industrialización. La Revolución Francesa, dice Simon Schama, comenzó con la revolución estadounidense de 1776, y ésta última, afirma Rodgers, “provocó un muy amplio cambio político que corrió de Bogotá a Berlín”. Ya fuera por la circulación de mercancías, gente o ideas, el hecho es que el mundo es global desde fines del XVIII: “cuando uno andaba de temperamento republicano, el océano llenaba las mentes como si fueran canales” (Rodgers, p. 35). Así, Rodgers parte de la convicción de que

la reconstrucción de la política social estadounidense (entre 1880 y 1930) fue una parte de los movimientos de políticas e ideas a todo lo ancho del mundo del Atlántico norte que el comercio y el capitalismo unieron. [p. 3]

De esta forma, la “*progressive era*” en la historia norteamericana aparece como una parte de una época “progresivista”, en la cual se llevaron al cabo toda suerte de en-

sayos y errores para atacar los problemas sociales. Los reformistas sociales de la década de 1930, los promotores del “New Deal”, sostiene Rodgers, volvieron la mirada a esos años, y si bien las políticas e ideas sociales entre 1880 y 1910 no fueron el prólogo inevitable del Estado benefactor, en Estados Unidos, Inglaterra o Argentina, las políticas sociales entre 1930 y 1950 resultan indescifrables sin los años “progresivistas”. Ni siquiera en México, cuya historia es partida por la revolución social de 1910, puede entenderse el Estado benefactor postrevolucionario sin comprender las tentativas porfirianas —indianismo, indigenismo, beneficencia, educación pública, legislación en el trabajo de mujeres y niños, planificación urbana—, y sin el entrevero cosmopolita que esto significó.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, las grandes exposiciones universales —como la de Londres 1851, París 1889 y 1900— comenzaron a incluir exhibiciones de lo que el saint-simonismo francés llamó “economía social”. Charles Gide fue el gran promotor de estas exposiciones y del Musée Social. Ahí, no solo Francia, sino sobre todo la Alemania bismarckiana —pionera del “socialismo de Estado”— exhibían sus adelantos sociales: beneficios para soldados, trabajadores, desposeídos industriales. En algunos países, estas cuestiones eran terreno de lo religioso-filantrópico; en otros, era materia de discusión filosófica, de la *solidarité* de Leon Bourgois. Un país que llegó tarde pero recio a la industrialización, como Estados Unidos, mostraba en esas

exhibiciones la mejora de las mujeres y los negros a partir de estadísticas, pero no exhibía ninguna intervención clara del Estado, lo cual era, como afirma Rodgers, exponer que “el contrapeso más prometedor contra las heridas del capitalismo industrial era la conciencia ilustrada del capitalismo mismo” (p. 17). Para otras naciones, como México, esas muestras de preocupación social eran innecesarias. Primero a ser industriales, y luego a preocuparse por las sutilezas del industrialismo. Ante estas exhibiciones, como he mostrado en otra parte, los mexicanos optaban por utilizarlas para señalar las ventajas de los trabajadores mexicanos frente a los europeos (salarios bajos, no grandes demandas en condiciones de vida y trabajo, poco revoltosos)<sup>4</sup>.

Las exposiciones eran el eco de movimientos internacionales como el socialismo, el anarquismo, el comunismo o las asociaciones sufragistas de mujeres, los movimientos contra el consumo del alcohol. Lo cierto era que las inquietudes sociales de Occidente giraban

alrededor del nudo, común e internacional, de preocupaciones que los contemporáneos llamaban ‘la cuestión social’ (y a través del cual se armó) un mundo de soluciones en competencia. [Rodgers, p. 20]

<sup>4</sup> Véase Tenorio Trillo, Mauricio, *Mexico at the World's Fairs. Crafting a Modern Nation*, Berkeley, Los Angeles, The University of California Press, 1996, pp. 23-24.

Estos son los orígenes del Estado benefactor, cuya genealogía debe ser seguida sin preocuparse de la moral antigua o moderna; es decir, ni eran simples formas de control social de la burguesía, ni fueron pecaminosas desviaciones de las leyes sacrosantas del mercado. Nada decía que todas las políticas sociales ensayadas en Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Francia y otros países acabarían en el formato del Estado benefactor; y no hubo una voluntad suprema y maquiavélica que gobernó esos esfuerzos de dominación. Hubo miedo, a la revolución, al caos; preocupación humana y piedad, también. Pero ante todo “el momento transatlántico de las políticas sociales”, como afirma Rodgers, “fue de muchas maneras una era de amateurs” (p. 26).

Las ideas se movieron a través de revoluciones, de la proliferación de movimientos y protestas sociales, de viajeros en perpetuo movimiento, de turismo. Pero había realidades comunes que hacían imperativo el estar con un ojo al gato doméstico y con otro al garabato del mundo; por ejemplo, la existencia, innegable y compartida, de ciudades industriales y de grandes metrópolis repletas de inmigrantes nacionales y extranjeros:

Si las regiones industriales eran una lección objetiva de poder ejercido verticalmente, las grandes ciudades eran una lección objetiva de contrastes y movimiento. Uno debe imaginar a las ciudades decimonónicas no como unidades sino como congregaciones de vecindarios; caminar a través de ellos era pasar

a través de una regresión, aparentemente infinita, de contradicciones sociales. [p. 48]

La ciudad moderna ha puesto a todo el mundo a bailar al mismo son. Una globalidad, me perdonaran los globalizólogos de hoy en día, muy nueva y muy antigua.

El progresivismo, entendido como una época y corriente cultural estadounidense, corría sobre los rieles de la crítica al Estado, de trazar límites a la intervención de lo público en lo privado. Pero entendido como un movimiento cosmopolita, el progresivismo significa algo más que el anti-estatismo histórico estadounidense; se trata más bien de un conjunto de políticas sociales encaminadas a democratizar el libre comercio y los beneficios industriales. De hecho, en cada país el progresivismo obtuvo su bandera social y estatista dependiendo de las circunstancias. En Estados Unidos, por ejemplo, se le llamó reconstrucción civil, moral y económica después de la guerra civil. En México, el progresivismo con frecuencia llevó el nombre de “paz”: necesidad de un Estado que mantuviera y expandiera los beneficios individuales, sociales y económicos de la paz; otras veces, el progresivismo mexicano, como en Madero, tuvo una expresión muy cercana a la estadounidense. En sus versiones moderadas, los progresistas de todo el mundo crearon, dice Rodgers, “modelos sociales aceptables y prestables”, así como una “hambre de conocimientos”, de expertos en lo social. Esta es la época de los viajeros copiones, los que buscaron inspiración

para reformas educativas, penitenciarias, agrícolas o científicas. Es Domingo Faustino Sarmiento o Ezequiel Chávez en Estados Unidos copiando escuelas, o son los padres fundadores de la sociología, antropología, ciencia política e historia académica estadounidenses en Alemania. La “muckraking press” (la prensa crítica progresivista) reportaba los avances en el mundo, y mezclaba su crítica a un Estado corrupto con ejemplos de reformas sociales. Los estados mismos, en Estados Unidos, México, Francia o Inglaterra, crearon innumerables comisiones especiales para estudiar problemas sociales: inmigración, educación, situación de la mujer, los niños, las ciudades. Esas comisiones siempre hacían acopio de la experiencia internacional en el tratamiento de cada problema.

Pero para 1912, nos cuenta Rodgers, una de estas publicaciones progresistas, *New Democracy*, afirmaba:

hoy el tablero está volteado: Estados Unidos ya no enseña democracia a un mundo en espera de su voz, sino que él mismo va a Europa y Australia... nuestros estudiantes de democracia social y política recurren a las antípodas, a Inglaterra, Bélgica, Francia, a la semi-feudal Alemania —¿cómo fue que la torturada Europa rebasó a sus hijos?.

En efecto, al mismo tiempo que Estados Unidos aprendía a preocuparse de lo social, los abusos públicos y privados creaban la imagen de una nación dominada por ricos. Las protestas populistas de la década

de 1890 fueron nutridas, social e intelectualmente, por esta convicción. La vieja Europa enseñaba tanto de los problemas de la modernidad industrial, de las revoluciones, como de las posibles soluciones.

En esencia, como hace ver Daniel Rodgers, el culto al libre comercio y al mercado a fines del siglo XIX, implicaba un estado que garantizara el libre mercado y el dejar hacer, dejar pasar. A la raíz del estado interventor, no está el socialismo o el pensamiento social cristiano, sino el *laissez faire*, porque el estado era el “patrón ético”, promotor y custodio de todo dejar pasar y hacer. En la Europa de fines del XIX, esto era claro: en la Alemania de F. Liszt se veía al libre mercado no como una ley, ni como una moral universal, sino como una ideología con dueño, la Inglaterra exportadora de manufacturas. De igual forma, a fines del siglo XIX, bien explica Daniel Rodgers, la economía de Estados Unidos era una economía de subdesarrollo: “hubo poquísimos momentos en que los empresarios no vieron, con ojos suplicantes, al estado como un socio promotor” (p. 80).

La diáspora estudiantil estadounidense en Alemania, que acabaría por institucionalizar y profesionalizar las ciencias sociales en Estados Unidos, se educó en una sociabilidad académica y política en la cual todo regresaba al estado. Los maestros de esos jóvenes estadounidenses —por ejemplo, Adolf Wagner o Gustav Schmoller— eran estatistas, anti-*laissez faire*. A su regreso a Estados Unidos, la ciencia política estadounidense, la sociología, eran ciencias

de la distribución, del progreso, de la civilización y por ello del estado como actor de estos procesos. Hasta bien entrado el siglo XX, no había ciencia social que no fuera, o pretendiera ser, moral y prácticamente, de utilidad al Estado para producir “el bien común” y para contrarrestar los efectos del capitalismo. Harina del mismo costal son la sociología urbana de la escuela de Chicago (década de 1890), o las ideas de Simmel, Weber, Durkheim sobre la ciudad, el campo y las anomalías entre tradición y modernidad. No es, pues, de extrañar —y esto digo yo, no Rodgers— que entre 1930 y 1950, un teórico tan importante como Max Weber se volviera en Estados Unidos en “*trading mark*” disputada por distintas traducciones y escuelas; unos queriendo americanizarlo al des-historizarlo y desestatizarlo (Talcott Parsons), otros queriendo colectivizarlo y americanizarlo como teórico de un Estado, débil y federal, pero activo y “benefactor” (C. Wright Mills, que ni siquiera podía leer a Weber en el original pero que reclutó en la década de 1950 al pensamiento de Weber para la causa de una suerte de populismo estadounidense de izquierda).<sup>5</sup>

Más que las conexiones de teóricos y viajeros, son las ciudades lo que usa Rodgers como hilo conductor de su historia. Así, describe el origen y desarrollo del pensamiento urbanístico estadounidense que va del rechazo pasional del populismo de la década de 1890, al activismo estatista de Theodore D. Roosevelt, y de ahí a los caóticos esfuerzos del New Deal en la dé-

cada de 1930. Mas este es un urbanismo que tuvo similares expresiones en todo el mundo, y en todos lados se empalmaron Estado-autoritarismo-miedo a la revolución-reforma social: el urbanismo autoritario e industrialista de Barcelona vs. el urbanismo fascistoide y populista del Madrid y Barcelona de la década de 1950; el urbanismo bismarckiano, burocrático, déspota y “socialista”, vs. la imponente secuela urbano del nacional socialismo, por no citar el ejemplo ruso que va, por decirlo simplemente, de San Petersburgo a Lenigrado. La posesión de los servicios públicos en manos privadas, el transporte, la habitación, el agua, la higiene y sanidad... todos estos aspectos poco a poco fueron puestos en manos del Estado bajo imperativos de reforma y justicia social. La corrupción, por supuesto, era endémica a todo esto, ya fuera en la ciudad de México porfiriana, en el Chicago de la exposición universal desde 1893 o en la Barcelona de Idelfonso Cerdá. Porque, afirma Rodgers: pronto descubrieron todas las ciudades del mundo occidental que

la paradoja de la corrupción urbana es que la disminución ya sea de la corrupción central o periférica expande la otra. Disminúyanse

<sup>5</sup> A este respecto, véase la historia de carrerismo y deshonestidad de C. W. Mills, mito radical de las ciencias sociales norteamericanas, en Oakes, Guy y Arthur J. Vidich, *Collaboration, Reputation, and Ethics in American Academic Life: Hans H. Gerth and C. Wright Mills*, Urbana, Chicago, University of Illinois Press, 1999.

las cosas que son propiedad y son manejadas por la ciudad, y se disminuye las posibilidades de corrupción en la alta burocracia, pero sólo a costa de expandir las oportunidades de corrupción entre una gorda periferia de proveedores privados. [p. 157]

Planificar ciudades, como bien explica *Atlantic Crossings*, no fue una decisión moderna inevitable, sino un complejo, y frecuentemente conflictivo, proceso de aprendizaje.<sup>6</sup> El marco legal, las formas de propiedad y las diversas culturas políticas determinaron el camino seguido por cada ciudad, en un coro de ciudades que en esencia hacían lo mismo, ya fuera en Washington D.C (finalmente terminada hacia 1920 con la fuerte intervención, autoritaria, del gobierno federal), o en el Río de Janeiro de la década de 1900 que tuvo en Pereira Passos su Haussmann. Los historiadores urbanos se cansan de hablar de las imitaciones de Viena, París o Berlín; la ciudad de México porfiriana resultó un horrible pastiche afrancesado que no correspondía a la nación (como si México, ciudad capital, hubiera podido ser de otra manera), y San Petersburgo es vista como una imposición, como si todas las grandes metrópolis no fueran un gran caos y una coacción. Vista a través de estos “cruces atlánticos” la imitación parece un proceso al mismo tiempo inevitable y selectivo:

las conexiones progresivistas atlánticas funcionaban como una membrana muy selectiva, impresionantemente permeable en algu-

nas áreas, totalmente impermeable en otras. Las propuestas pasaban a través de sus límites como si debieran superar un complicado conjunto de barreras y filtros. Los precedentes eran no solamente intercambiados; eran tamizados, separados, sacados de sus contextos, transformados y exagerados. Planes monumentales para calles o avenidas y zonificación lograron pasar al Estados Unidos de fines del XIX; pero no la asistencia pública para vivienda barata y decente. [p. 198]

Lo mismo pude decirse de las políticas sociales como los seguros de desempleo y la seguridad social. Inglaterra, Alemania y Francia fueron grandes laboratorios de políticas sociales hasta 1945. Los gobiernos laboristas ingleses batallaban con las reacciones patronales y políticas ante cualquier intento de legislación de seguros sociales. Antes de 1945, los países más autoritarios, como Alemania, México o Argentina, hicieron posible cierta seguridad social gracias a gobiernos revolucionarios y anti-democráticos. Pero, como afirma Rodgers, los experimentos decimonónicos de seguridad social y beneficencia siempre tuvieron como interlocutores a los miserables. El énfasis en la clase obrera urbana, en sí mismo, es una conclusión impuesta por las nuevas realidades industriales, pero también por el debate social cosmopolita. Para

<sup>6</sup> La historia de la planificación urbana y el poder está bien contada en Hall, Peter, *Cities of Tomorrow: an Intellectual History of City Planning in the Twentieth Century*, Oxford, Nueva York, Blackwell, 1988.

Estados Unidos, narra Rodgers, no fue fácil pasar de la idea de la caridad a la de seguridad pública, y esta transformación fue un cambio doméstico, y un diálogo con un mundo de tanteos sociales. Hasta 1914, Estados Unidos, especialmente con Theodore Roosevelt, respiraba los vientos del laborismo inglés, se alejaba del filantropismo y caridad, y lograba pasar multitud de leyes de protección a mujeres, menores, accidentes de trabajo, horas de trabajo, pero aún quedaba lejos de un sistema generalizado de seguridad social. Sin embargo, para 1900 la política social estadounidense se parecía más que nunca a la europea. No porque fuera un intento frustrado de seguridad social, sino porque

dentro de [la] red de conexiones y contingencias, la diferencia estadounidense [ante Europa] era no tanto categórica [un Estado marcadamente débil, una ideología peculiarmente en contra de consideraciones sobre bienestar colectivo] sino una cuestión de ingredientes comunes acomodados bajo un orden diferente (...) o mezclados en diferentes proporciones (...) [p. 255]

De hecho, son los efectos sociales provocados por la movilización europea ante la guerra de 1914 los que inspiran un espíritu colectivista, socializante, en todo el mundo occidental, incluyendo a la recalitrante e individualista “*Amérique*”. Rodgers analiza el colectivismo europeo en las visiones estadounidenses; encuentra la fascinación de varios críticos e intelectuales

—como Randolph Bourne—, la colectivización como una fórmula para superar el individualismo, el egoísmo económico, estadounidense. Liberalismo, democracia y colectivismo, en esta lógica, resultaban complementarios. Pero el colectivismo de guerra también era un estado de excepción, una pausa, una cuestión “*un-American*” que naturalmente fue rechazada regional y federalmente en Estados Unidos. En la década de 1960, la nueva izquierda (Christopher Lasch) interpretó el aislacionismo y la neutralidad de la clase política estadounidense ante la Primera Guerra Mundial como una forma individualista, burguesa, de parapetarse alrededor del poder doméstico. Rodgers encuentra en el colectivismo europeo ante la Primera Guerra Mundial la influencia esencial que permitió a Wilson vender la guerra en Estados Unidos:

la flama alrededor de la cual [los progresistas de la pre-guerra] volaban, ..., no era el poder por sí mismo; era el ejemplo de las naciones europeas colectivizadas por la guerra. En 1917, Woodrow Wilson no ofreció a los progresistas estadounidenses simplemente un conjunto idealista de objetivos de guerra. Les ofreció, después de años de un malogrado esfuerzo político, un experimento sobre las posibilidades de un Estado colectivizado por la guerra. [p. 279]

Pero si la ciudad, las políticas sociales obreristas y la seguridad social encaminada a masas urbanas eran la parte más visible

de los encuentros trasatlánticos de ideas y políticas, es la preocupación por el campo la que acaba por enlazar un sin número de experiencias nacionales (Dinamarca, Noruega, Estados Unidos, Rusia e incluso México). Entre 1880 y 1930, la mayoría de los países europeos, inclusive los más industrializados, eran aún naciones de campesinos pobres, mal comunicados y sujetos a vaivenes climáticos y económicos. La ortodoxia decía que el campo acabaría en las ciudades, que el mercado compensaría las pérdidas, creándose una industria agrícola. Pero moral y políticamente el campo nunca fue abandonado como esencia del “espíritu” de los pueblos, y como factor económico y de clientela política. Las soluciones que se ensayaron a coro en todo el mundo (cooperativismo, educación, transporte, tecnología, reconstrucción ecológica, protección de suelos) son un continuo mundial que va de 1910 a 1940 (y la revolución mexicana, aunque Rodgers no lo diga, con su consecuente política agraria, es no sólo un corolario, sino un importante catalizador de estas nuevas ideas y políticas).

Más que el maquinismo, la modernidad tecnológica, es sin duda la parte más estadounidense de los “cruces atlánticos”. El mundo entero se fascinó con las técnicas productivas, y con los autos de Henry Ford. La democracia liberal adquirió una connotación económica clara: todos iguales en el consumo, todos con acceso a las comodidades de la vida moderna. La arquitectura de rascacielos, las ciudades creadas de la nada por las nuevas fábricas con má-

quinas que producían máquinas, esa fue, como lo llamó el historiador Jean-Louis Cohen en una exposición que recorrió Europa en 1995, “la tentación americana” ante la que sucumbió Europa. La fascinación, económica y estética con Estados Unidos se dejó sentir en todo Europa, pero Estados Unidos mismo no perdía de vista los experimentos arquitectónicos europeos, sobre todo en vivienda obrera y fábricas, como lo muestra la constante preocupación de Catherine Bauer, encargada de vivienda de la American Federation of Labor, por Le Corbusier y el modernismo social de la Alemania de Weimar.

Parecería ser que la política de F. D. Roosevelt, con su *New Deal*, fuera una consecuencia natural de las décadas previas de estudios e intentos. Sin embargo, Rodgers muestra cómo los tecnócratas y políticos del *New Deal* realizan la penosa arqueología de su propia política social, recuperando viejas tentativas, al mismo tiempo que siguen viendo al mundo, inmersos en una situación de crisis social y económica que obligaba a una improvisación diaria. De hecho, lo que parece haber caracterizado al quehacer del *New Deal* es el caos y el experimentalismo más tesonero, nada que ver con una progresión armoniosa: “El enigma del *New Deal*”, dice Rodgers, “radica en cómo entender el matrimonio de un éxito tan impresionante con una incoherencia tan aparente y masiva” (p. 412). Por ello el *New Deal*, explica Rodgers, funcionaba como una maquinaria de inventiva intelectual y de modestia patriótica:

[fue] una bodega repleta de propuestas de reforma que saltaban al centro de discusión política. Cuando la necesidad de rapidez que la crisis demandaba les dio la libertad para trabajar, el *New Deal* se convirtió en el momento cumbre de los progresistas cosmopolitas. Fue su oportunidad de hacer coincidir sus años de observación, su sentido de negligencia y su consumo [una acumulación de datos y hechos], de precedentes internacionales, con un breve sentimiento del público en general —aunque sólo fuera una sospecha producida por la crisis— de que los Estados Unidos, después de todo, podía no estar a la cabeza de la carrera del progreso [p. 446].

Para Rodgers, lo que en verdad acabó por darle un rostro más o menos fijo al Estado benefactor, en Estados Unidos y el resto del mundo, fue la Segunda Guerra Mundial. Los nuevos arreglos de poder, tanto como las lecciones científicas, sociales y políticas, que produjo la guerra resultaron en un consenso sobre la necesidad de un Estado social y económicamente activo. Significó, en palabras de Rodgers, el triunfo de la visión más cosmopolizante dentro del parroquial ambiente intelectual estadounidense. Pero también significó el fin, para Estados Unidos, de la “era atlántica-socio-política.

La riqueza de *Atlantic Crossings* esta en los miles de detalles. También ahí se han de encontrar quizá varios gazapos, señalarlos sería de una erudición que no poseo y

de una mezquindad pedestre. Hay, sin embargo, unos ciertos desatinos en la arquitectura misma del libro que vale la pena señalar. ¿Qué es el mundo atlántico? Evidentemente el término refiere a lo que convencionalmente identificamos como poder económico e intelectual: Europa y Estados Unidos, acaso Canadá. Pero lo cierto es que los “*Atlantic Crossings*” de que habla Rodgers incluyeron mucho más que Europa y Estados Unidos. Mas ¿son entendibles los “cruces atlánticos” de entre 1880 y 1940 sin meter en el colectivo “Europa” a la España liberal, monárquica, republicana y socialista, y al Portugal de la revolución de 1910? No hubiera sido necesario rastrear los cruces con estas experiencias sureñas; bastaba con simplemente reconocerlas. Los cruces y triangulaciones no serán vistos en toda su complejidad, incoherencia y verdadero carácter experimental si no se incluyen las regiones, atlánticas si las ha habido, que fueron los laboratorios del occidente; esto es, las “periferias”, las colonias y ex colonias. Al ver las pretendidas modernidades a la luz de los sobras y ruinas de su propia construcción, que quedaron dispersas, por ejemplo, por toda América y África, se entiende mejor el monto, la naturaleza y lo relativo de las modernidades de los “cruces atlánticos”. Hablar de ellos con respecto a las problemáticas urbanas de fines del siglo XIX y principios del XX, entre América y Europa, y no mencionar a Buenos Aires o São Paulo es, por una lado, una suerte de

transnacionalismo nacionalista (anda vete más allá de la casa, pero no cruces la calle); por otro, es un despropósito total. Buenos Aires, São Paulo, Nueva York y acaso Chicago y Boston, fueron los laboratorios sociales y culturales más importantes, para Europa y América, entre 1880-1930. En efecto, la búsqueda historiográfica del tiempo perdido es mucho más intrincada de lo que imaginamos.

Por otra parte, con toda su elocuencia histórica y su crítica al excepcionalismo estadounidense y al mito del mercado, *Atlantic Crossings*, como buen libro académico a la americana, está hondamente inspirado por el presente, pero sufre de una insoportable parsimonia presentista. Esto es, en ningún momento el autor se atreve a sacar lecciones explícitas para el presente, para el actual “nuevo” culto al mercado. Ojalá Rodgers nos obsequie algún ensayo donde se suelte el pelo político que su templanza académica no le permitió en *Atlantic Crossings*. Igualmente, ¿qué hay de los “cruces atlánticos” en la post-guerra fría? Después del consenso comunista y anti-comunista, ¿es ésta una era irresponsablemente doctrinaria que debería lanzarse a la búsqueda global de ideas y políticas sociales heterodoxas y arriesgadas? *Atlantic Crossings* ayuda a despertar del letargo del presente, pero no quiere decirnos nada más. Acaso tenía razón el Lukács romántico de 1910 —hijo y víctima de estos “cruces atlánticos”— cuando decía que “la vida real siempre es irreal, siempre imposible, en medio de la vida empírica”. 

## LAS TRANSFIGURACIONES DEL ORNITORRINCO

José Antonio Aguilar

Silva-Herzog Márquez, Jesús, *El antiguo régimen y la transición en México*, Planeta/Joaquín Mórtiz, 1999

Si algo llama la atención en los últimos años es la palmaria incapacidad de los analistas para, ya no se diga predecir, al menos medianamente explicar los trastornos que ha sufrido el sistema político mexicano. Los científicos sociales a menudo viven enamorados de su jerga, de sus referencias y de su minúsculo universo intelectual. La academia ha confeccionado un campo de estudio a su medida. La “transitología” cuenta con una corte de iniciados, un circuito de conferencias internacionales, revistas especializadas y gurús indispensables. Muchos de los dardos de *El antiguo régimen y la transición* de Jesús Silva-Herzog Márquez, están dirigidos a esta clase profesional. “Esta ciencia”, nos dice, “que ocupa a tantos estudiosos en las universidades de todo el mundo se ha vuelto, entre nosotros, más que un saber, una manía”. En el páramo de la ciencia política mexicana este libro es una bocanada de aire fresco, por su inteligencia, su envidia y su vigorosa reivindicación del ensayo como género literario. La forma del libro es en sí misma un manifiesto contra el *paper* académico y contra el oscurantismo disfrazado de profundidad que a menudo nutre los li-

bros y artículos especializados. Hay mucho que celebrar en *El antiguo régimen y la transición*. El diagnóstico de la transición es certero y a ratos descorazonado. Es, sobre todo, oportuno. Silva-Herzog Márquez es uno de los lectores más perspicaces de la escena política mexicana.

Mientras que muchos “transitólogos” se desvelan imaginando modelos formales e inventando nuevas categorías de autoritarismos, Silva-Herzog Márquez vuelve la vista a los clásicos de la reflexión política. Estos dos elementos se encuentran vinculados. Uno de los axiomas de lo que Silva-Herzog Márquez llama el “Manual del perfecto demócrata” es la ruptura con el pasado. El “guión revelado de la transición democrática” parte, en primer término, “de un veredicto tajante sobre el pasado. Una sentencia fulminante pero convincente sobre la naturaleza y los efectos del sistema político mexicano”. Es una caricatura del antiguo régimen. “La democracia”, por el contrario, “se coloca como antítesis perfecta del pasado y se pinta como jardín de infinitas virtudes”.

#### EL ANTIGUO RÉGIMEN REVISADO

La revolución que más ha cacareado su ruptura con el pasado ha sido la francesa. Sus artífices no se conformaron con establecer un nuevo gobierno: quisieron refundar el tiempo, el calendario y sus estaciones. Estas pretensiones de rehacer a la sociedad de la nada llamaron la atención de Alexis

de Tocqueville, menos por estridentes que por falsas. En *El antiguo régimen y la revolución* demostraba que la revolución no había sido el comienzo de nada, sino más bien el fin de los procesos puestos en marcha durante el antiguo régimen. La Revolución era continuidad, no ruptura. Al igual que a Tocqueville con la Revolución, a Silva-Herzog Márquez le resulta sospechosa la transición mexicana porque se afana en trazar una línea simbólica entre el ayer y el hoy. De un lado ha quedado la oscuridad del pasado autoritario, del otro se encuentra el presente luminoso de la democracia. 1994 bien podría ser el Año 1 de esta nueva era: “Guerrillador”. Como Tocqueville, Silva-Herzog Márquez sospecha que hay más continuidades que rupturas entre el antiguo régimen y el nuevo de las que suponen los epígonos del nuevo orden. “A cada rato”, afirma, “el cambio revela sus ancestros”.

La ambiciosa estrategia intelectual de recuperar el análisis tocquevilliano para explicar el cambio político en México al final del milenio se antoja fascinante. El enfoque ya había sido empleado para dar cuenta de la revolución de 1910. *Del Antiguo régimen a la revolución*, de Francois-Xavier Guerra, es un intento de explicación tocquevilliana a la ruptura del orden porfirista. Silva-Herzog Márquez prometía hacer lo mismo con el México de fin de siglo. Sin embargo, me parece que este proyecto no fue llevado hasta sus últimas consecuencias.

A diferencia del libro de Tocqueville, *El antiguo régimen y la transición en México se*

ocupa poco del antiguo régimen propiamente dicho. Su mérito no es proporcionar una interpretación novedosa o heterodoxa de él. Con elegancia, Silva-Herzog Márquez repite la consabida historia del sistema político posrevolucionario. Falta, sin embargo, seguir el argumento tocquevilliano con más rigor: ¿cuál es la relación entre el pasado y el presente? ¿cómo influye el antiguo régimen en el nuevo? A lo largo del texto aparecen atisbos de respuestas, pero no hay un argumento elaborado sobre la presencia del pasado en el nuevo tiempo mexicano. En realidad, la parte más abultada, la que concentra la atención del autor, es el México actual. La forma del ensayo breve es una oportunidad y una limitación. Se presta a los destellos, a la aparición fugaz de ideas geniales que apenas son mostradas para desaparecer luego. El texto de Silva-Herzog Márquez es un libro de estampas, agudas siempre, a veces deslumbrantes, pero estampas al fin y al cabo. He ahí su fuerza y su debilidad.

Silva-Herzog Márquez sigue a uno de los “dos tocquevilles” que se insinúan en *El antiguo régimen y la revolución*. Según Stephen Holmes, es el Tocqueville que proporciona clichés morales, el predicador que lamenta el deterioro de la fibra moral de sus contemporáneos. Pero, al lado de este Tocqueville dado a la moralina, hay otro: “el segundo Tocqueville es el científico social más sutil y creativo del siglo XIX, quien, con un genio sin parangón, describe y explica la complejidad psicológica de la interacción humana y, en este caso, de la gé-

nesis del conflicto, el odio clasista y la mutua ignorancia de los estamentos en la Francia del siglo XVIII”.<sup>1</sup>

Me parece que la voz del primer Tocqueville prevaleció en *El antiguo régimen y la transición en México*. Y hay algo de desafortunado en ello. La lamentación de la condición actual de México está emparentada con la explicación ofrecida por Tocqueville sobre el advenimiento del Segundo Imperio: Francia estaba condenada porque estaba moralmente corrompida. Los *Souvenirs* son una presencia constante en el texto de Silva-Herzog Márquez. El segundo Tocqueville, en cambio, nos proporciona un brillante marco analítico para el estudio del conflicto social en el momento en que cobra forma. Es este rasgo el que hace al *Antiguo régimen y la revolución* un clásico sin rival en la teoría política.

En *El antiguo régimen y la transición en México* sólo hay un atisbo de esto. Si Furet tiene razón en su interpretación de Tocqueville, había una continuidad no aparente entre el Antiguo régimen y la Revolución: la centralización administrativa. ¿Cuál es el equivalente en el caso de México? ¿Cuáles fueron los mecanismos psicológicos en acción durante la transición mexicana? No lo sabemos. En realidad, la analogía con la explicación —o explicaciones— de Tocqueville está sólo insinuada. Cada re-

<sup>1</sup> Holmes, Stephen, “Treasures of hate and envy: A reading of Tocqueville’s *Ancien régime*”, University of Chicago, manuscrito sin publicar.

forma exitosa, pensaba al autor del *Antiguo régimen y la revolución*, dirige la atención de la gente hacia aquellas áreas no reformadas y crea un hambre de mayores reformas que no puede ser satisfecha por el antiguo régimen. Esto fue exactamente lo que *no* ocurrió en México durante décadas, cuando la “liberalización” fue un recurso muy exitoso del sistema político para evitar democratizarse. Aquí las medias reformas fueron notablemente exitosas y no desencadenaron, como en otros lugares, procesos incontrollables que provocaron el colapso de los regímenes políticos autoritarios. México, vale la pena subrayarlo, no se ajusta bien a la famosa máxima de Tocqueville acerca de que “el momento más peligroso para un régimen es cuando se reforma”. Tampoco se puede decir lo mismo de Rusia, por ejemplo.

El problema con la sugerente analogía tocquevilliana es que en México no hubo revolución democrática. Las preguntas del *Antiguo régimen y la revolución* (¿por qué el antiguo régimen se colapsó sin que nadie lo previera? ¿por qué un sistema aparentemente todopoderoso cayó tan súbitamente?) no se aplican fácilmente al caso mexicano. Aquí la caída del antiguo régimen no fue ni rápida ni imprevista. La transición no es la aparente ruptura radical con el pasado que Tocqueville puso en duda en el caso de Francia. Las alusiones a revolucionarios descamisados simplemente no son convincentes. El jacobinismo que critica Silva-Herzog Márquez es una exageración y una desmesura. El régimen mexicano se

parece más a la burguesa y corrupta Monarquía de Julio que al Terror. Lo cierto es que, fuera de los locos de la selva Lacandona, secuestrados por la historia, en México ya no hay revolucionarios, ni tampoco reaccionarios. No hay ejemplos edificantes, ni Dantones, ni de Maîtres. Sólo hay uno que otro Fouché. Nadie, nadie, pregona el regreso al pasado.

¿Qué herramientas analíticas nos ofrece Tocqueville para comprender el cambio social a gran escala en la actualidad? Paradójicamente, la obra menos presente en el libro de Jesús Silva-Herzog Márquez es *La democracia en América*. Texto que podría haber sido más relevante para el análisis de la circunstancia mexicana. Es una lástima que sólo se insinúe de tiempo en tiempo en las páginas de *El antiguo régimen y la transición en México*. ¿Qué dice Tocqueville acerca de las transiciones a la democracia? Nada demasiado edificante. Identifica dos modelos: la no transición de los norteamericanos y la sangrienta revolución de los franceses. Los primeros tuvieron, según Tocqueville, la gran fortuna de haber obtenido la democracia sin haber experimentado los sufrimientos de una revolución democrática. Los segundos, en cambio, tuvieron que sufrir una violenta y prolongada guerra civil que indefectiblemente produjo odios entre las clases.

A pesar de que Tocqueville no creía gran cosa en la posibilidad de las transiciones pacíficas, me parece que la lectura de *La democracia en América* ayuda, de cualquier forma, a explicar algunos de los ras-

gos del caso mexicano. El “democratismo” es, según Silva-Herzog Márquez, “la sacralización de la sociedad civil, el desprecio a las instituciones representativas, la fantasía del gobierno directo”. Más adelante afirma: “El democratismo, la enfermedad infantil de los demócratas, es la charlatanería democrática. Como si fueran esas pomadas mágicas que todo lo curan, un chipote, un ataque de diarrea, el cáncer o el sida, el merolico vende la democracia como la medicina que resuelve cualquier padecimiento social: los desórdenes del sistema bancario, la inseguridad pública, el desempleo, la inflación. Aplique democracia y la dolencia desaparecerá inmediatamente. Si las molestias continúan, aumente la dosis”.

Estos no son sólo los males del democratismo, o de la transitocracia, son en buena medida, según Tocqueville, los males del menos malo de los sistemas políticos: la democracia. “Es irrefragable” afirmaba en *La democracia en América*, “que la gente a menudo maneja los asuntos públicos muy mal”. Como un sistema legislativo, la democracia es lamentablemente inadecuada: “sus leyes casi siempre son defectuosas o inoportunas”. Los políticos generalmente son figuras mediocres, que llegan a los puestos públicos a causa de la envidia que a la mayoría le producen los hombres superiores. De cualquier forma, los políticos que normalmente son electos no cuentan con la habilidad para dirigir. La fuente de los males es la mayoría misma: su inmadurez psicológica y su imprudencia la hacen incapaz de fijarse metas de largo plazo.

Tampoco puede actuar de forma metódica o regular. A menudo es perezosa y los esfuerzos continuados le fatigan.

Con todo, y a pesar de sus muy visibles defectos, “las bendiciones que trae la libertad democrática aplicada a los estados internos del estado son mayores que los males producto de los errores del gobierno democrático”. Las ventajas de la democracia son lo suficientemente grandes para compensar sus enormes fallas. Más aún, Tocqueville formula un argumento que parece contradecir la afirmación de Silva-Herzog Márquez arriba citada: “en la enorme complicación de las cosas humanas, a veces ocurre que la libertad extrema corrige los abusos de la libertad y que la democracia extrema previene los peligros de la democracia”. Las “curas” democráticas son diversas. La democracia motiva a los ciudadanos ordinarios a obedecer la ley. Nadie atacará a la institución de la propiedad privada si posee alguna propiedad. Hasta los miembros menos favorecidos de la sociedad pueden ser inducidos a respetar la autoridad si tienen cierta parte de ella. El sufragio universal, que impide que una minoría se arrogue la representación de la mayoría silenciosa, desarma a las facciones radicales. La democracia, además, produce efectos secundarios no intencionados: distribuye a través del cuerpo social “una actividad incansable, una fuerza superabundante y una energía que no se encuentra en otro lado”. El punto no es que el democratismo no exista, sino que tal vez sus males han sido exagerados.

Comparto, sin embargo, el desagrado de Silva-Herzog Márquez por esa fe bobalicona en la deidad Democracia. El democratismo me repele menos por ingenuo que por perverso. Quienes dicen desear una sociedad más libre y democrática a menudo minan las instituciones que pueden llevarnos a ella. En estos tiempos de confusión, a menudo las ideas más reaccionarias y conservadoras se embozan en un discurso aparentemente progresista. La izquierda pocas veces ha estado más desorientada que ahora. Creo que los remedios a los males democráticos que Tocqueville propuso son aún eficaces: un congreso bicameral, el federalismo, y un poder judicial independiente y vigoroso. Es decir, las instituciones liberales.

#### EL ORNITORRINCO Y SUS CRÍTICOS

Además de Tocqueville, la otra estrella que guía —en estilo y propósito— la reflexión de Jesús Silva-Herzog Márquez es Daniel Cosío Villegas<sup>2</sup>. Su influencia, me parece, es simultáneamente afortunada y desafortunada. Al igual que los libros de Cosío Villegas, *El antiguo régimen y la transición en México* es oportuno, agudo y elegante. Y, como ellos, es poco uniforme. Sobre todo, pone demasiado énfasis en el carácter y la personalidad de los actores políticos. Al igual que Cosío Villegas, el yerno mayor de Silva-Herzog Márquez es un excesivo voluntarismo. Si bien el autor menciona y discute el hábitat de los políticos mexicanos y

las condiciones que los moldearon, a ratos estos seres aparecen como absurdas caricaturas, seres tragicómicos, engendros de la transición, que no atinan a comprender dónde están ni qué deben hacer.

No discuto la precisión del triste retrato que hace Silva-Herzog Márquez. Sin embargo, exponer a los políticos mexicanos como figuras miopes, disminuidas, abotagadas, pero codiciosas es sólo un ejercicio moral de calistenia: es útil, pero no nos lleva muy lejos. Al igual que Cosío Villegas, que criticó el “estilo personal de gobernar”, Silva-Herzog Márquez es un crítico de los humores políticos reinantes: demagogía, torpeza, democratismo. Me parece que *El antiguo régimen y la transición en México* comete el mismo error de Cosío Villegas en su interpretación de la República restaurada y en su famoso artículo “La crisis de México”: es decir, atribuirle, para bien y para mal, una desmedida importancia a los personajes políticos.

No es necesario comulgar con un estructuralismo determinista ni tampoco negar la importancia de las decisiones individuales para aceptar que los incentivos son fundamentales para entender cómo se comportan los actores políticos. En *La constitución de 1857 y sus críticos* (1957) es donde el vo-

<sup>2</sup> (1898-1976) Ver de este autor: *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mórtiz, 1974, *Historia Moderna de México*, México-Buenos Aires, Harla, 1955, “La crisis en México” en *Ensayos y Notas*, México-Buenos Aires, Hermes, 1966 y *Cuadernos Americanos*, FCE, 1949.

luntarismo de Cosío Villegas es más claro. A Emilio Rabasa le rebatía: “la libertad genuina y el interés general en la cosa pública son capaces de contener las malas consecuencias de una mala ley y hasta hacerlas favorables”. Silva-Herzog Márquez no descuida a las instituciones, por el contrario, nos presenta una agenda de las reformas democráticas “de segunda generación” que deberán implementarse en México si la democracia ha de consolidarse. Sin embargo, al mismo tiempo fustiga sin misericordia a los actores políticos que representan la comedia de la transición: “todos los días nos enfrentamos con el espejo roto. Nadie sabe quién es, qué papel juega, qué responsabilidades lo marcan”. Las élites mexicanas, según Silva-Herzog Márquez, han mostrado una ineptitud histórica: “incapaces de emigrar del pasado, nuestros dirigentes están bien equipados para la denuncia, para el obstáculo, para la amenaza, pero están lisiados para el convenio constructivo. El universo de la guerra, la lógica de la enemistad preside nuestro tiempo”. ¿Son los políticos de hoy más torpes, más pequeños, más mezquinos que los de ayer? ¿Son necesarios hombres y mujeres virtuosos, generosos y visionarios para que un sistema político funcione adecuadamente? Silva-Herzog Márquez, a diferencia de Cosío Villegas, no nos presenta un pasado ejemplar —la República restaurada— ni una lista de prohombres —los “gigantes” de la Reforma— pero lamenta igualmente la ineptitud de quienes rigen al país.

El voluntarismo nos hace esperar cosas que raramente son de este mundo. Como, por ejemplo, un político virtuoso. Erróneamente ciframos el destino del país en la capacidad visionaria de una clase política que nunca ha estado a la altura de las expectativas de sus críticos. “Tal parece”, nos dice Silva-Herzog Márquez, “que la obstinación es la gran enemiga de la consolidación democrática. Sólo puede construirse un nuevo régimen cuando los actores son capaces de renunciar en alguna medida a sus hábitos, a sus certezas, a sus recuerdos”. ¿Es esto cierto? ¿No es más plausible pensar que un nuevo régimen se construye sólidamente cuando a los actores les conviene edificarlo? El problema con el voluntarismo es que nos hace albergar esperanzas y expectativas irreales. Por algo decía Madison que si los hombres fueran ángeles no requerirían del gobierno.

Un excesivo énfasis en el carácter de los actores oscurece los vínculos causales que explican las dinámicas políticas. Por ejemplo, ¿por qué se ha retrasado esta segunda generación de reformas institucionales democráticas? Del análisis que se presenta en *El antiguo régimen y la transición en México* podríamos inferir que es a causa de la miopía y la torpeza de los actores. Sin embargo, se puede explicar esta renuencia si consideramos los incentivos que enfrentan los políticos. Sólo se atan las manos —al fin y al cabo de eso se tratan las reformas institucionales— quienes creen que en el futuro inmediato pueden perder el poder. Si el PRI creyera que el gobierno

nacional pudiera caer en las manos del PRD o del PAN, trataría de poner el mayor número de candados, pesos y contrapesos institucionales para impedir la discrecionalidad y la arbitrariedad una vez que sus rivales asuman el poder. No hay que olvidar que los futuros perdedores son los políticos más demócratas. Si, en cambio, hay una gran probabilidad de que el PRI conserve el poder, ¿por qué atarse las manos y privarse de los beneficios de disfrutar de la arbitrariedad? Mientras que en el horizonte se vislumbra la continuidad no habrá incentivos poderosos para pactar otra reforma. Eso, no el carácter moral de los actores, es lo que explica su ausencia.

No pretendo, por supuesto, excusar a los mediocres políticos mexicanos. Son, como, bien señala Silva-Herzog Márquez, pigmeos. Pero no creo que la clave principal de nuestros males seculares se encuentre en su disminuido tamaño. Estamos, creo, más de lo que pensamos a la merced de factores impersonales y anónimos que no controlamos y que escapan a la voluntad de los actores políticos: la desigualdad y sus efectos en la provisión de bienes

públicos como la seguridad y el estado de derecho, la debilidad y la vulnerabilidad de la economía y la precariedad del entramado institucional.<sup>3</sup> Si de voluntades se tratara, Tocqueville habría sido mucho más optimista sobre el futuro de Francia. Si la inestabilidad política crónica pudiera ser resuelta por políticos desinteresados e ilustrados el mal no sería tan grave. Sin embargo, no era así. Francia era víctima de su historia y de sus hijos bastardos: la centralización administrativa, la guerra entre la religión y la libertad y la desigualdad. Nada de eso podía ser borrado de un plumazo. El cambio, lento y doloroso, era posible mas no lo era la alquimia democrática. Sobre Tocqueville Guizot alguna vez afirmó: “es un hombre derrotado que acepta su derrota”. Silva-Herzog Márquez, por el contrario, no se resigna a la derrota. Tiene más confianza en México que la que Tocqueville depositaba en Francia. La inteligencia es su apuesta: ojalá y no se equivoque. 

<sup>3</sup> Véase Przeworski, Adam, “El Estado y el ciudadano”, *Política y Gobierno*, CIDE, México, vol. 2, núm. 2, 1998.